

Migración y mexicanidad en los EE.UU.

Una historia de vida *

Enrique Del Acebo Ibáñez

No hay diferencia entre el mexicano nacido aquí, en Estados Unidos, y el nacido allí, en México, porque la frontera está hecha por el anglosajón.

¿Nosotros extranjeros? Ellos vinieron en barcos, nosotros a pie. Esta es nuestra tierra.

1. Introducción

El fenómeno inmigratorio que se da de México a los Estados Unidos de América viene signando la relación entre estos dos países desde hace mucho tiempo. Fenómeno «total» que conlleva facetas de muy variado cuño: históricas, económicas, sociales, culturales, demográficas propiamente dichas. Inmigración que deviene tanto asimilación como exclusión, resocialización en lo ajeno como autoafirmación en lo propio. Replanteos existenciales que suscitan nuevos planteos teóricos. Biografías que se nutren, al mismo tiempo que impactan, en lo histórico sociocultural. Como dice M. Augé (1998: 122), «ya no hay análisis social que pueda prescindir de los individuos, ni análisis de los individuos que pueda ignorar los espacios por donde ellos transitan».

En un escenario interdependiente y complejo, de actores sociales involucrados y llamados a desempeñar funciones (aparentemente) contrapuestas y estructuralmente dependientes, el eje Tijuana-San Diego-Los Ángeles representa un ámbito espacial demostrativo de la lógica simbólica y comportamental del inmigrante indocumentado de origen mexicano, donde muy probablemente –como diría G. Simmel- los actores sociales se odian porque tienen que enfrentarse (o perseguir el uno al otro), más que enfrentarse porque se odian.

Es 'en este contexto que hemos de analizar una historia de vida recogida a comienzos de los '90 en dicho eje geográfico, la que nos prepara para una comprensión más empática que racional del fenómeno bajo análisis.

En una encuesta de opinión pública llevada a cabo en los EE.UU. a nivel nacional, se mostró que más de los dos tercios de los encuestados pensaba que «la mayoría»

de los inmigrantes estaba en el país ilegalmente (Epershade y Belanger: 1998), cuando en realidad lo que sucede es lo contrario: la mayoría son legales. Si bien no es posible contar con cifras exactas, se calcula que actualmente hay entre 2,5 y 5 millones de inmigrantes indocumentados que residen en los EE.UU., pero, tal como advierten Carola Suárez Orozco y Marcelo Suárez Orozco (2003), estas cifras representan solo el 10 o el 15 por ciento del total de población extranjera, a lo que se suma el hecho de que hay un número significativo de inmigrantes no documentados que van a los EE.UU. porque tienen familiares que ya están radicados legalmente.

Se calcula un ingreso anual a los EE.UU. de 300 mil a 500 mil inmigrantes indocumentados, la mitad de los cuales lo hace por la frontera sur con México. La otra mitad corresponde a quienes, si bien ingresaron legalmente, por vía aérea, permanecen luego más tiempo del estipulado en la visa, transformándose así en indocumentados; esta subpoblación inmigrante tiene un nivel educativo por lo general más alto que los mencionados precedentemente.

2. Jesús M. Plasencia, una historia de vida (y debida)

Jesús M. Plasencia es de estatura mediana, delgado, de modales finos y educados. Cortés, pero firme. Su mirada y forma de saludar denotan firmeza de propósitos, una actitud o predisposición heroica, aunque también cierta socialización en la diplomacia y en las más adecuadas presentaciones del *self* según las circunstancias y necesidades de la hora y momento. Paciente, pero de carácter fuerte, sabedor de que sus condiciones de líder responden tanto a una vocación como a una responsabilidad social y étnica vista como mandato. Jesús tiene un horizonte cuya vastedad y lejanía se llegan a intuir en su mirada y tono de voz. Se torna un interlocutor de alto valor, más fiel a sus ideales y convicciones que a sus eventuales interlocutores, aunque siempre leal y directo. Nos presentó el director de *El Centro Chicano*, perteneciente a la *University of Southern California*, en Los Ángeles, en cuyas oficinas llevamos a cabo dos entrevistas. La otras dos se desarrollaron en las cafeterías del *campus* universitario.

a) *Su origen mexicano*

Jesús nace en San Pedro Tlaquepaque, Estado de Jalisco, el 25 de enero de 1968. «Como mis padres estaban en Santa Ana, California, viví con mis abuelos maternos, me crié con ellos». Eran cinco hermanos: cuatro varones y una mujer. Jesús era el cuarto de los hermanos, uno de los cuales nace en EE.UU.

«Vivíamos en un barrio pobre en México, casi a las orillas de la ciudad; caminábamos cinco kilómetros y estábamos en el campo, con un gran lago y árboles. No me dejaban salir de la casa. Quería salir a investigar y conocer pero no me

dejaban. La primera vez que lo hice me perdí en una Iglesia; recuerdo que me llevaron a la comisaría como perdido, y yo tenía mucho miedo. No era una zona muy segura; recuerdo que siendo muy pequeño, mientras estaba comprando un refresco se produjo un robo en dicha tienda».

Los abuelos maternos eran de origen humilde y vivían prácticamente del dinero que les mandaban desde los EE.UU. la madre y los tíos de Jesús. Mientras que los abuelos por parte de su padre eran pequeños comerciantes, radicados muy cerca de San Pedro: «Tenían puestos en el mercado, vendiendo pollos y verduras».

«Mi padre me explicó por qué vino a trabajar a California: su padre era muy duro, muy estricto, y trabajaba con él en un rancho que tenía mi abuelo. A cambio del trabajo mi padre recibía solamente vivienda y para la subsistencia. Me contó mi padre que, ya casado, una vez mi abuelo lo castigó por haberle subido la voz, golpeándolo con una faja, y lo hizo arrodillar». Como trabajaba de sol a sol y no sacaba prácticamente nada de dinero, «decidió venir hacia el Norte, para tratar de vivir mejor. Primero vino solo, dejando a mi mamá en México con dos niños. Él mandaba dinero para la casa. Regresó un tiempo a México; mi mamá tuvo otro niño, y recuerdo que luego vino otra vez».

Los padres de Jesús migraron a Santa Ana, California, para trabajar en lo que fuera, como simples obreros: «En un tiempo [mi padre] hacía trabajos de jardinero, luego trabajó en una fábrica de muebles, para finalmente dedicarse a la construcción, área en la que aún trabaja». En los primeros tiempos, «el dinero apenas les alcanzaba para sobrevivir; entonces mi padre pedía dinero a sus amigos; tuvieron muchos problemas». La madre de Jesús trabajó casi toda su vida en una fábrica de muebles, hasta que se embarazó del hermano más pequeño de Jesús, y dejó de trabajar.

«La primera vez que lo conocí a mi padre fue cuando vino a recogernos a Jalisco; se quedó un tiempo con nosotros y ya nos llevó con él a Santa Ana, California». En Santa Ana vivían en una casa ubicada en un barrio más o menos bueno, pero como la casa era alquilada, al año de instalados tuvieron que mudarse porque –así le dijeron a su padre– iban a demoler la casa. Buscaron otro barrio, se instalaron nuevamente, y allí se quedaron trece años. Pero en un principio había allí muchas pandillas. «Como todas las casas eran blancas, estas pandillas, integradas por los 'cholos' [pandilleros mexico-americanos], eran denominadas 'pandillas de las casas blancas'».

En la escuela, Jesús no se juntaba con los americanos, sólo con los amigos del barrio donde vivía, habitado primordialmente por mexico-americanos y por inmigrantes no documentados. «En realidad todos éramos no documentados; pasamos ilegalmente cuando vinimos para aquí. Nosotros, con mis padres, pasamos en un carro por *La Línea*, pero yo iba dormido. Desperté cuando ya estábamos en la casa de mis padres, en California». En Santa Ana ya había familias mexicanas, y se conocían con algunas de ellas ya desde México.

Se puede decir que, en realidad, hace pocos años que los padres de Jesús han sacado provecho evidente por estar en EE.UU. «Todos nos criamos en una situación económica muy pobre. Hemos pasado hambre. En una temporada, solo trabajaba mi madre, y mi padre pedía mucho dinero prestado. Recuerdo que con mis hermanos sentíamos miedo y vergüenza de decirles a mis padres que se había acabado la leche».

El padre de Jesús también fue muy estricto con sus hijos, ya desde chicos: «Nos pegaba, a veces sin justicia». Ahora, la relación es buena, aunque antes «la relación no era muy buena; no hablábamos con él, siempre le teníamos miedo. Ahora él ha cambiado mucho; antes tomaba mucho, se emborrachaba los fines de semana. Nosotros tratábamos de no estar en la casa cuando estaba borracho, pero por eso nos pegaba. Una vez sola trató de pegarle a mi madre, pero con mis hermanos no dejamos que lo hiciera». Era, como dice Jesús, la disciplina del golpe. «Todos los amigos del barrio eran muy tomadores. Eran todos muy duros, todos les pegaban a sus hijos. Mi papá se juntaba con ellos, y todos tomaban».

Actualmente, los padres de Jesús siguen viviendo en Santa Ana, pero no en el mismo barrio que en los comienzos, con predominio de pandilleros *cholos*. Jesús no habla de *chicanos* al referirse a estos mexico-americanos, dado que «chicano es alguien que está haciendo algo positivo para la comunidad. Estos pandilleros nos llamaban 'mojados' por ser no documentados». Aquel primer barrio terminó siendo derribado en 1988, para construir allí un condominio.

Los amigos de Jesús eran los vecinos que vivían en Santa Ana. Y también acudían allí familiares y amigos de la familia procedentes de México: «A la casa que teníamos venían familiares de mis padres o amigos del mismo pueblo, conocidos de mi padre. El *coyote* (1) quedaba en la puerta esperando que se le pagase el dinero por haberlos hecho pasar por la frontera. Mi padre les prestaba el dinero y los alojaba durante un tiempo. A veces durante años. La generosidad de mi padre era más grande que el tamaño de nuestra casa».

La inmigración mexicana a los EE.UU. implica y supone una importante estructuración en redes sociales y comunicativas, tal como Jesús lo corrobora: «[Hay personas] que van y vienen, informando sobre quiénes están ya radicados en los EE.UU., porque no había [comunicación por] correspondencia, salvo excepciones».

b) En pos de la legalización como migrante

A los ocho años de edad, cuando cursaba cuarto grado en Santa Ana, Jesús tuvo que regresar a México a efectos de legalizar su situación en los EE.UU. Allí celebraron los cincuenta años de casados de sus abuelos, pero la razón principal era la cuestión legal. «Para sacar fondos para ir a México trabajaba en un *field* recolectando fresas para una compañía. Todas las esposas de los amigos de mi padre recolectaban fresas. Te pagan por el número de cajas de fresas recolectadas. Lo hice durante todo

un verano, durante tres meses».

Los padres de Jesús se asesoraron con un abogado para legalizar su situación. Y entonces regresaron desde México con documentos, como inmigrantes legales, el 31 de agosto de 1977. «Cuando pasamos para EE.UU. les dijimos a las autoridades anglosajonas de inmigración que nunca habíamos venido [a este país], que siempre habíamos estado radicados en México y que no sabíamos nada de inglés, porque si decíamos que sabíamos era un indicador de que habíamos estado ya en los Estados Unidos». Así, a los nueve años de edad, Jesús ya era un residente legal en los EE.UU., pero sin nacionalidad americana, la que aún sigue sin tener.

En 1979, a los once años de edad, Jesús comienza a trabajar en Santa Ana, en un invernadero, para cubrir sus propios gastos, donde se desempeña hasta 1984. «Fue por decisión propia que empecé a trabajar porque mi padre no me daba dinero, y yo no podía gastar lo mismo que mis compañeros en la escuela. Me pagaban sesenta y cinco centavos de dólar por hora de trabajo, cuando el mínimo legal era 3.35 dólares».

Su padre quería que todos colaboraran con los gastos de la casa a través del dinero que ganaban: «Tuvimos que darle a él los veinte dólares por semana que ganábamos; pero luego nosotros hacíamos horas extras sin decirle nada a mi padre, y ese dinero sí era para mí. Con ello nos comprábamos nuestra ropa y zapatos. Estábamos acostumbrados a comprar ropa usada, pero con nuestro dinero [ahora] comprábamos ropa nueva».

c) *La tentación de ser un anglosajón más*

Las relaciones sociales que tenía Jesús eran por lo general con mexicanos. No obstante, «en la escuela primaria y en el *High School* tuve amigos anglosajones. Pero en general he compartido más cosas con los mexicanos».

Hubo un tiempo en que casi se mete dentro de una pandilla, durante la cursada del *Junior High School*, dado que en esa zona era donde estaba la «pandilla de las casas blancas»; «pero yo iba a la escuela de la pandilla rival, la pandilla 'Middle Side'. Lo que pasaba era que como recibía amenazas de algunos pandilleros yo buscaba alguna protección».

Jesús pasa a la *Senior High School*, a los catorce años de edad, ingresando a la Escuela «Los Amigos», en Fountain Valley, que limita con Santa Ana: «Allí se veía la diferencia con la otra escuela anterior: todos eran predominantemente anglosajones, y pude comprobar la importancia económica de ellos. Fue allí que decidí distanciarme de los pandilleros, y también de los mexicanos, y me empecé a juntar con los americanos. Me metí en los deportes: *cross-country*, cinco kilómetros, porque los mexicanos sólo juegan *soccer*. El atletismo nos servía además, según el entrenador, como entrenamiento general. Es cuando convivo con los americanos, me junto con ellos, y no me junto tanto con los mexicanos. Yo tenía el preconcepto de que eran ricos y tenían muchas amistades. Yo no quería decirles que era pobre y no quería

que supieran dónde vivía; no quería que vinieran a mi casa y vieran que vivíamos en un barrio muy pobre».

Jesús sigue con el entrenamiento deportivo y aumenta así gradualmente su convivencia e interacción con los americanos. Se convierte en un atleta de la escuela y pasa a ser importante para el equipo de fútbol. «Los americanos ya me consideraban una parte del deporte que practicaba la Escuela; les servía para el deporte».

«Convivo con los americanos, me hago amigos, me invitan a las fiestas. Pero el *party* para ellos es tomar y emborracharse, a diferencia de los mexicanos, para quienes un *party* significa ir a bailar. También los americanos fumaban cocaína y marihuana en el *party*. Recuerdo que al primero al que me invitaron me fui temprano».

Así, entre los dieciséis y diecisiete años de edad Jesús pierde un poco la convivencia e interacción con los mexicanos. «Recuerdo que un compañero de Colegio me invitó a su casa, y me sorprendió la forma en que le contestaba a la madre. Entre los pandilleros, aun los más *graves*, nunca le faltaban el respeto a sus padres. Pero los americanos sí. Eso me sorprendió mucho».

Jesús sigue con su proceso de asimilación a sus nuevos amigos americanos: «A los dieciséis o diecisiete años me pinté el pelo para hacerlo menos oscuro. Recuerdo que mi padre se quejó, pero yo le dije que era por el sudor en el deporte. Era moda, y por la convivencia con los americanos me parecía mejor pintarme el pelo como lo hice». También comenzó a vestirse como ellos.

d) En búsqueda de las propias raíces

Es durante ese proceso, cuando Jesús tiene diecisiete años, que su hermano mayor –quien ya estaba estudiando en la Universidad- lo comienza a reorientar respecto del origen y las raíces de los *chicanos*. «Yo empecé a ver más el racismo y las cosas que mis amigos americanos me estaban haciendo, así como me di cuenta que me daba vergüenza que mis padres hablaran en español delante de mis amigos. Empecé a ser muy rebelde para con mis amigos americanos y casi tengo una pelea a golpes con un profesor de Economía. Él decía que no era bueno que se tuvieran que poner los anuncios de gobierno en todos los idiomas de las personas que habitan en California; él decía: ‘que ellos aprendan inglés’. Y puso un ejemplo de habitante extranjero mencionando a los mexicanos que no sabían leer. Yo levanté la mano preguntándole por qué tenía que ser [el ejemplo] mexicano. Se puso nervioso, se enojó. Yo le pedí que no usara a los mexicanos para exemplificar. Quiso echarme de la clase, pero no lo hice. Casi nos vamos a las manos. Al día siguiente se disculpó conmigo por haberme ofendido. Mucha gente ofende a los mexicanos como si fuera muy natural que nosotros seamos *mensos* (tontos). Ahí fue cuando me di cuenta que me estaba rebelando al *Establishment*».

Cada vez más, Jesús tomaba conciencia tanto de su situación personal como de la de sus connacionales: «Hay muchos chistes de mexicanos, que ofenden al

mexicano. Pero cuando yo los escuchaba los paraba. Ellos me decían: 'Pero tú no eres como ellos, tú eres diferente', pero yo les contestaba que era igual a ellos. Así fue que mis amigos americanos [se fueron poniendo] gradualmente más incómodos y yo comencé a darme menos con ellos».

Jesús comienza a practicar deportes, juntándose especialmente con su hermano menor, un amigo americano hijo de españoles y un americano anglosajón que «nos respetaba a nosotros, [que] no compartía el comportamiento de los demás americanos». El resto de los compañeros y amigos de Jesús lo ven como a un futuro abogado, en virtud de su capacidad para argumentar y defender posiciones.

Gradualmente, Jesús toma conciencia de que el lazo que lo unía a los anglosajones no era tal: «En realidad me di cuenta que los americanos no me querían; me hablaban porque les era útil para el deporte y también porque pensaban que les podía facilitar drogas dado que por el uso del idioma español podría comunicarme mejor con los traficantes de drogas; y los americanos tenían miedo de entrar a esos barrios».

e) La aceptación y consolidación en su propia cultura e historia

Ya para esta época de su adolescencia, Jesús no tenía vergüenza de vivir en ese barrio, llevaba, incluso, americanos a su casa. «Ellos estaban muy sorprendidos de que yo pudiese vivir en esas casas, lo podía ver en sus caras; porque ellos vivían en casas de dos pisos, con garage para dos carros de lujo. No podían entender que viviéramos en una casa como en la que [habitábamos]. La casa parecía que se iba a caer».

Jesús considera que su niñez no fue necesariamente triste: «Hasta cierto punto fui feliz. Pero tenía momentos en que estaba a gusto y tiempos de angustia. El mirar lo que pasaba en la casa me hacía sentir mal. Mi vida familiar era relativamente unida; el único problema era cuando mi padre tomaba. Con mi madre, hablábamos de todo; con mi padre, en cambio, o tomaba o venía muy cansado de trabajar. Además, él era muy estricto con su disciplina».

Afirmado ya en sus raíces nacionales y culturales, en junio de 1986 se gradúa en la *Senior High School* e ingresa casi enseguida en la *California State University*, en Fullertown. «Inicialmente quería ser fotógrafo, pero me di cuenta que el profesor no me quería, sentí que tenía algo contra mi porque era el único mexicano en la clase; tampoco quería a otro estudiante, que era negro». Jesús intentó hablar con este profesor, pero el trato era muy frío: «Solamente me respondía 'sí' o 'no' a mis preguntas. Cuando él veía mis fotos sin saber que eran mías, decía que eran buenas, pero cuando sabía que las había sacado yo les encontraba defectos. Como la mitad de mis clases iban a ser con este profesor, decidí cambiar de carrera, y pasé a Historia».

Esta nueva etapa en los estudios le permitió a Jesús adentrarse en el conocimiento de lo que había pasado con la tierra mexicana y también percibirse de la poca

importancia que en la historia de California se le da a los mexicanos. «La historia era la de los americanos que vinieron a California, y no importaba nada todo lo anterior. Respecto de la guerra con México, el profesor decía que no hubo ningún balazo; en realidad estaba mintiendo porque en la guerra mexico-americana hubo batallas, no a gran escala, pero sí hubo muertos y balazos. Y por eso es que decidí cambiarme a Sociología, cuando estaba en tercer año de la universidad, tomando las clases del profesor Jerry Rosen sobre minorías étnicas. En realidad, yo tenía bien firme la identidad chicana cuando comencé sus clases, pero [estas] me daban mucha información sobre la relación de las minorías con los anglosajones, así como [sobre] todo lo que pasó en los '60 con los chicanos en los Estados Unidos. Rosen era un profesor judío-americano [de quien] me hice muy amigo, he ido a su casa a conversar y salimos a comer varias veces». Para Jesús no caben dudas respecto de que estas son sus tierras: «Yo no vine en ningún barco, como sí lo hicieron los anglosajones».

f) Sus estudios de Sociología en la University of Southern California

En septiembre de 1989 Jesús pasa a la carrera de Sociología en la *University of Southern California* (USC), con dos semestres de Sociología aprobados en la *California State University*, en Fullertown. «Para mí significaba todo un desafío venir a la USC, una universidad de más prestigio, núcleo de anglosajones, con un sistema muy derechista, y donde el pensamiento chico, si existe, lo es en poca dimensión. Por eso quise venir aquí. [...] En Fullertown había bastante gente chicana, pero yo necesitaba un desafío mayor, y aquí en USC no había nadie».

Jesús cree que está logrando gradualmente promover el pensamiento chico dentro de la Universidad; no obstante lo cual, reconoce que sus compañeros anglosajones, en general, viven en la ignorancia respecto de las otras culturas presentes. «No comprenden la situación de los demás; viven una vida de materialismo, de satisfacerse a sí mismos, de egoísmo. Y no viven con conciencia de culpa respecto de lo que hacen».

Esto hace que la discriminación esté de una u otra manera presente: «Creo que los americanos son discriminatorios, explícita o implícitamente. Muchos tienen mala intención, otros no. [Es que] han sido criados así; eso es por el estrato socioeconómico al cual pertenecen y por la falta de contacto con los mexicanos y con otras minorías. Porque personas americanas que viven junto con mexicanos, en la misma situación económica, se comprenden más el uno al otro. Cuando no saben por qué la gente vive así, empiezan a discriminar».

Jesús recuerda cómo Richard Rodríguez, en su autobiografía, cuenta cómo quiso olvidarse de su identidad y ser blanco, y cómo sufrió para asimilarse dado que sus padres eran mexicanos. «Para Rodríguez, esa era la única manera de progresar, y los anglosajones lo usan de ejemplo, como un experto en eso».

g) *MECHA y el despertar de su vocación participativa*

Jesús ya había iniciado ese camino largo y profundo hacia las fuentes de su propia identidad cultural y social, intensificado con su clara vocación participativa: «Aumenté mi identidad chicana cuando entré al Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán (MECHA). Mi hermano mayor había estado allí antes; él, que tenía dos años más que yo, tuvo mucha influencia en mí. MECHA hacía eventos políticos, culturales y educativos en la Universidad de Fullertown; su objetivo era educar a la gente sobre su historia y la condición en que estamos, buscando un cambio positivo de nuestra condición. Es el ‘no’ a la asimilación».

El movimiento MECHA tiene una gran influencia en el pensamiento y la actitud de Jesús: «MECHA tiene mucha identidad con los indígenas, especialmente con los aztecas. MECHA hace que uno indague más sobre la historia mexicana. Lo más positivo es que empiezo a pensar positivamente de mí y de mi cultura. Me dio el interés por estudiar y saber de mi relación con la demás gente, con el anglosajón y con otros mundos, una curiosidad intelectual por saber de otras culturas. Porque me interesa saber de los africanos, los europeos y también estoy leyendo ahora acerca de los musulmanes».

Durante su membresía en MECHA Jesús conoce a un estudiante, Manuel Lozano, amigo de su hermano mayor, quien les enseña distintos modos de tratar a los anglosajones racistas, a las *fraternidades*, al Senado de la Universidad y a la administración: «Nos daba en realidad unas tácticas [que] revolucionaron nuestro modo de actuar. Era una persona muy lista. La táctica de MECHA hasta ese momento era la de golpear y pegar duro cuando se presentaba un problema, había una pronta protesta [...] pero resultaba bastante difícil que la administración o el Senado nos respondieran afirmativamente. También nuestro modo de vestir era entonces muy distinto y negativo de cara a los anglosajones; no nos vestíamos con ropa que te cuesta dinero y a la costumbre anglosajona. Como todos los de MECHA éramos de recursos económicos muy bajos, no pensábamos en vestirnos con corbata y traje cuando teníamos que ver, por ejemplo, al presidente del Senado o al vicepresidente de la Administración o al presidente de la Universidad. No nos dábamos cuenta de la importancia que tenía la imagen, hasta qué punto para el anglosajón es importante la imagen».

A partir de ese momento, los dirigentes del Movimiento Estudiantil Chicano comenzaron vestirse bien, de modo de presentar una imagen positiva para el anglosajón. Este era, en palabras de Jesús, «el enemigo», y explica: «Utilizo la palabra ‘enemigo’ porque ellos también nos veían así».

«Si uno va vestido con camiseta blanca y pantalón oscuro, como los pandilleros se visten así –explica Jesús–, [los anglosajones] nos miraban de manera diferente. Esto lo he confirmado al ir a la tienda: si yo voy a regresar una mercancía que no me

gusta, vistiendo pantalón y camiseta, me miran de distinta manera y debo exigir el cumplimiento de mis derechos hasta que logro que me cambien la mercancía. Pero si vengo vestido con camisa blanca y corbata el tratamiento ya es muy diferente».

La presentación de sí mismo respetando determinadas formas establecidas, más que una forma de asimilación puede representar una estrategia eficaz a la hora de dirimir con el contrario: «De esta manera le quitamos una defensa al enemigo. Nos comenzamos a vestir bien y tratamos de promover eso entre los miembros de MECHA. Especialmente el gabinete ejecutivo del movimiento siempre íbamos vestidos de camisa blanca y corbata. Y si se trataba de una función especial vestíamos de traje y chaleco. Ellos esperan unas personas sucias con cabellos despeinados. Es una imagen racista que ellos tienen. Pero aun personas latinas y mexicanas pensaban eso de nosotros, y por ello no querían entrar a la organización. Pero cuando empezaban a ver a nuestra membresía y al resto de los dirigentes, se sorprendían por este cambio de actitud; nos preguntaban por qué estábamos con MECHA. Ahora vienen a las Juntas para ver 'de qué se trata', pero ya lo hacen sin miedo. Se interesan por MECHA».

El Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán contaba, en un comienzo, con cinco miembros, todos de fuerte ideología reivindicadora y con mucho conocimiento acerca del movimiento, así como de la historia mexicana y chicana. Luego, dice Jesús, «la dirección que se tomó fue menos compulsiva, y aunque quienes se acercaran al Movimiento se identificaran como 'hispánicos' –aunque no nos gusta que se denominen así-, los comenzamos a recibir, los esperamos y tenemos la actitud de irlos educando [de modo de] poderles explicar por qué no queremos que se llamen hispanos. Pero no los corremos, como se hacía antes, sino que los esperamos. Así, de cinco miembros que tenía MECHA ahora contamos con cincuenta miembros, en menos de seis meses. Al anglosajón también lo tratamos diferente: lo saludamos y nos reímos con él, [pero] es una relación de conveniencia, no de amistad. Sabemos lo que él piensa, lo consideramos como enemigo, pero lo saludamos y le sonreímos. A veces los invitamos a comer a los miembros del Senado, que son personas que también están en contra de los mexicanos, pero los invitamos a platicar. Precisamente era eso lo que ellos hacían con nosotros para que no los atacáramos. Ya nos ven de modo diferente».

Esto supuso un cambio de estrategia incluso en lo que hace al manejo de los fondos que maneja el Senado estudiantil de la *University of Southern California*; en un principio, de los cuatro millones de dólares que el Senado manejaba como presupuesto, sólo ocho mil dólares eran destinados a las minorías: «Nos peleábamos mucho por esos ocho mil dólares; pero con la nueva dirección de MECHA cambiamos de estrategia: tratamos de formar parte del Senado [estudiantil] en lugar de pelear por ese dinero. Nos preguntamos: '¿por qué no nos lo damos a nosotros mismos ese dinero?'. Mi hermano, Felipe y Manuel Lozano logran entrar al Senado, al postularse

para la elección, sorprendiendo mucho a los anglosajones este triunfo. Se trataba de dos mexicanos, amigables pero fuertes en el pensamiento. Y finalmente también logran entrar al Comité de Finanzas del Senado, que es precisamente el comité que controla el dinero». Quiere decir que de los cinco miembros que formaban parte del Comité Financiero, dos eran mexicanos.

Este éxito aparentemente sorpresivo hizo que Jesús y sus compañeros de Movimiento redoblaran la apuesta: al semestre siguiente propusieron ocho candidatos para el Senado estudiantil, de los cuales fueron electos seis. Así, de los dieciocho miembros senatoriales, ocho eran de MECHA, lo que produjo miedo y también asombro a todos los anglosajones, dado que el Senado estaba integrado por *fraternities*, organizaciones estudiantiles cerradas integradas normalmente por los estudiantes de más alto nivel socioeconómico de todas las escuelas o facultades, incluyendo un total de mil individuos aproximadamente. «Si tienes mucho dinero te aceptan porque quieren que aportes económico para las fiestas; además, resulta caro vivir en la casa de una *fraternidad*, así como lo es compartir las actividades que ellos desarrollan: irse a Las Vegas, a la playa, etcétera».

No resulta fácil, entonces, para un latinoamericano entrar en una *fraternidad*, aun cuando tenga suficiente dinero, especialmente si se trata de un estudiante muy fuerte en su manera de pensar y ser, arraigado en sus raíces y en lo culturalmente propio. «Porque las *fraternidades* son muy racistas, hacen muchas bromas hacia el mexicano, el negro o el salvadoreño. [El que entre] va a tener que cerrar los ojos a eso, [de ahí que] nosotros a quienes eso hacen los consideremos 'vendidos', porque tienen que hacer la vista gorda cuando ven algo negativo para nuestra comunidad».

MECHA nuclea a menos de sesenta personas en total, contra las más de mil de las *fraternidades*, a lo que se deben sumar –subraya Jesús– todos los anglosajones que no pertenecen a ellas, pero que igualmente son racistas.

«Cuando vieron que nosotros lográbamos votos ellos tuvieron que ir a buscar los votos del estudiante común, no afiliado. Antes votaba muy poca gente, mientras que ahora lo hacen cerca de dos mil estudiantes». La lucha ha ido dando sus frutos: las minorías reciben fondos por un valor de cuarenta mil dólares, contra los ocho mil de antes. «Ahora hay un respeto tremendo por MECHA: antes de proponer algo piensan qué va a opinar MECHA sobre el tema. Nuestro Movimiento es responsable respecto de todo lo que sea racismo, cualquiera sea la minoría étnica afectada. MECHA es la voz para evitar el pisoteo de cualquier minoría que no tenga voz en el Senado. Asimismo, la Administración ahora piensa dos veces antes de hacer algo o tomar alguna medida en contra de un estudiante chico».

En general, los integrantes de MECHA son de origen humilde. «Porque el que tiene recursos económicos, el que está bien, no necesita pelear o, mejor dicho, piensa que no necesita pelear por nada. Ellos piensan más en la asimilación porque viven dentro de la comunidad con los anglosajones, se criaron con ellos y empiezan

a pensar como ellos. En cambio, el mexicano pobre vive en un barrio pobre y casi todos los mexicanos mandan a sus hijos a escuelas cercanas, donde asisten casi mayoritariamente los mexicanos; se crían entre mexicanos y tienen un modo de pensar diferente». En este sentido, sin embargo, Jesús constituye una suerte de excepción a esta regla, dado que a pesar de haber progresado notoriamente en su posición económica –tanto él como su familia– continúa firme en la posición reivindicatoria de sus propias raíces culturales e históricas. La fuerza de los ideales a veces permite superar los condicionantes económicos y sociales. Aunque la tentación siempre está a la vuelta de la esquina, y eso Jesús lo vivió en carne propia–tal como vimos– en su temprana adolescencia.

La unión hace la fuerza, y esta depende más de la unidad que de la cantidad: «En realidad nadie sabe que somos nada más que cincuenta personas, y [que] de las cincuenta somos ocho los que verdaderamente estamos dirigiendo políticamente al Movimiento, porque muchos de los otros miembros no tienen tiempo. Piensan que nosotros somos entre doscientos o trescientas personas quienes estamos combatiendo con ellos, [y] nosotros dejamos que ellos piensen que somos tantos, y hablamos y nos comportamos como si fuéramos incluso más de trescientos». Y esto paga rédito, en términos de poder e influencia: «Saben que somos diplomáticos, pero que estamos dispuestos a acciones no diplomáticas; por eso nos dejaron para nosotros un cuarto o habitación para nuestra organización, de tamaño bastante grande, que otros también apetecían».

La presencia de Jesús en la organización le dio evidentemente nuevos bríos a ambos. Era la gota de rocío que necesitaba el capullo para abrirse: «Había MECHA en la *University of Southern California*, pero como no iba nadie en realidad no iba a continuar como organización. Entonces, el semestre que entré, en septiembre de 1989, retomo la dirección del Movimiento y se restablece la organización».

En esta nueva instancia de su dirigencia estudiantil y chicana, Jesús aplica todos los conocimientos y tácticas aprendidas con anterioridad. «Aprendimos a combatir adelantándonos a lo que los anglosajones tenían planeado contra nosotros. Eso también nos lo enseñó Lozano, en Fullertown. Por ejemplo, a través de los empleados nos enterábamos de lo que planeaban contra nosotros».

MECHA es una organización que existe a nivel nacional, aunque como California tiene más *Colleges* que ningún otro Estado, es aquí donde tiene más presencia. «Es el único movimiento estudiantil chicano, porque se fundó en el momento del surgimiento de las protestas de los 60's, en que lo estudiantil estaba muy involucrado. MECHA surge a partir de un [congresó] nacional mexicano-chicano que se realiza en Denver, Colorado, en 1969: la *Denver Youth Conference*. Allí surge el nombre unificado de MECHA, para que todos los hispánicos, chicanos y mexicanos se unan y aglutinen en un único movimiento y nombre».

En la *University of Southern California* (USC) hay diez organizaciones que son

de interés latino (mexicano, chicano o latinoamericano), las que están reunidas en una asamblea: la Asamblea Latina. Jesús es –desde septiembre de 1990- también el actual presidente de esta Asamblea a la que cada organización envía un representante. Anteriormente, entre septiembre de 1989 y mayo de 1990, representaba a MECHA ante dicha Asamblea, en su calidad de presidente del Movimiento. Su ingreso a la Asamblea supuso un giro significativo: «Con anterioridad no se había utilizado a la Asamblea para beneficio de los latinos sino que se trababa de una mera función de entretenimiento, música, folklore, y [demás] actividades culturales. No se aprovechó la institución para promoverse políticamente». En la USC existen, al igual que la Asamblea Latina, otras asambleas, a saber: la *Black Assembly*, la *Asian Assembly* y la *Gay-Lesbian Assembly*.

«Este año quiero dirigir a la Asamblea Latina a una acción más política, no tanto de pura música y mariachis, de modo que dé beneficio al estudiante chicano. Ahora estoy tratando de unificar a todas las organizaciones latinas. Quiero unificarlas para poder tomar acción política, ya sea contra el Senado o contra la Administración». Esto no será tarea exenta de obstáculos, y Jesús lo sabe bien: «En las demás organizaciones latinas no existe conciencia étnica. Debemos interrogar a los estudiantes latinos en profundidad e insistencia para que nos digan que son latinoamericanos; muchos de ellos dicen que son americanos, pero de ascendencia latina o hispánica».

La idea *movamientista* de Jesús se plasma y fundamenta en una concepción y vivencia de la solidaridad y la amplitud de miras: «Quiero promover una conciencia en el movimiento estudiantil. Conciencia en el sentido de pensar no solo lo que me va a beneficiar a mí, sino pensar en qué voy a hacer para beneficiar a los que van a venir después que yo y a los demás que están junto a mí. Solo así podremos sobresalir como grupo étnico».

Existe una cierta confusión en el uso de los términos a la hora de identificar el origen étnico; en algunos casos, ello es involuntario, pero en la mayoría pareciera que es más fruto de un intento de homogeneización de un grupo que en realidad no es tan fácilmente homogeneizable, dada la riqueza y magnitud de sus especificidades socioculturales. «Cuando una persona se identifica como latino, hispano, chicano, mexicano, *mexican-american* o latinoamericano, me está diciendo algo de él», sostiene con serena convicción Jesús. «Hispano es un término usado por los anglosajones; es una acción política contra nuestra gente. Latino es una denominación equivalente a *hispanic*, pero se refiere un poco más específicamente a Latinoamérica. Chicano implica una ideología, y viene amarrado el concepto a la ascendencia mexicana y a lo popular; ser chicano no supone haber nacido necesariamente en los EE.UU. *Mexican-american* es el nacido en los Estados Unidos, pero también se usa para los que realmente se sienten americanos. Y latinoamericano es el nacido en América Latina pero que está viviendo en EE.UU.».

A primera vista pareciera contradictorio ser chicano y mexicano, pero para Jesús no es así: «Con el término *chicano* estoy reafirmando mis ancestros mexicanos, estoy diciendo a la gente que me importa mucho la historia y que estoy dispuesto a muchas cosas más para que mi gente se supere y para superarme a mí mismo. Que estoy dispuesto a luchar por ello».

En la *University of Southern California* funciona «El Centro Chicano», dirigido por el profesor Abel Amaya, quien quiere y admira en silencio a Jesús. Allí tiene sus oficinas MECHA y allí pasa parte importante del día Jesús M. Plasencia. «Algunos no vienen a El Centro Chicano o a MECHA porque tienen miedo de que aquí no se les permita ampliar su perspectiva y su integración. Muchos les dicen, a quienes quieren acercarse a nosotros, ‘no vayas porque vas a encerrarte’. Se trata de personas, las que afirman esto, que han perdido el sentido de la historia, de su historia, el sentido de la relación de los mexicanos y los negros con la cultura anglosajona. Y también del indígena *native-american*. No se dan cuenta que ha habido una relación mala entre la cultura anglosajona y las restantes (negra, indígena, mexicana). Y a ellos les digo: ‘si no sabes tu historia no me hables de injusticias ni de racismo’».

h) Affirmative Action y la mexicanidad

La ley nacional *Affirmative Action* supuso, en su momento, un paso positivo en la lucha contra la discriminación en los EE.UU. Implicaba que, por ejemplo, un empresario o una universidad tenían que tener en su estructura formal determinado número de individuos provenientes de alguna de las minorías étnicas. «Sin embargo –explica Jesús– hay algunos hispánicos que piensan que *Affirmative Action* es negativa porque sostienen que entonces le están dando trabajo al mexicano por ser tal y no por su capacidad; quiere decir que usan el mismo argumento que tiene en cuenta el anglosajón: se trataría de una especie de racismo contra el anglosajón». Para Jesús, esta no es la solución para todos los problemas, aunque la ley sirve para salvar en parte las injusticias anteriores de los anglosajones. Precisamente, Jesús pudo ingresar en la Universidad por este programa y normativa. «El promedio de cuánto es lo que hay que saber para entrar a una universidad determinada se sacó de la clase media anglosajona masculina. Por eso se reprueba al mexicano, que viene de un barrio y de una economía pobres, con padres que ganan muy poco, cuya lengua de origen es el español, y su cultura es diferente. El examen el mexicano lo tiene que reprobar necesariamente. No voy a poder ser el *average* a comparación de lo que puede ser el *gringo*. A través de *Affirmative Action*, en el S.A.T. (*Scholastic Aptitud Test*), que se toma al ingresar a la universidad, se debe tener en cuenta este aspecto diferenciador».

Esto ha sido una mejora indudable, pero también un desafío: «No es nada regalado, porque el mexicano, por ejemplo, debe probar [luego] el doble que el

anglosajón, de modo de demostrar que se merecía estar en la universidad. Yo, por ejemplo, tengo arriba de 3.0 de promedio. Por eso, y tal como les digo a los hispánicos que están en contra de todo esto, en mi caso *Affirmative Action* fue justo». Para Jesús, aquellos que estaban en contra de esta ley han sido socializados en el modo de pensar americano, anglosajón, se han asimilado; si bien no los critica, pide «que no lo hagan al costo de otro mexicano, que por ello no pierda otra gente».

La cuestión de la educación bilingüe siempre ha sido otro de los temas conflictivos. «*Coors*, que es una compañía cervecera, tiene mucha tradición de discriminación contra el mexicano y el hispánico. Tienen vinculación con el *Ku-Klux-Klan*, institución a la que le prestaba el lugar donde reunirse. Ellos promovían un *lobby* para que se votaran cosas que perjudicaran a los hispanos. Por ejemplo, con motivo de la proyectada educación bilingüe, *Coors* invirtió mucho dinero para que dicho programa se parara». Precisamente por ello es que en los '70 hubo un boicot —que duró casi diez años— por parte de los mexicanos en el sentido de no tomar dicha cerveza. «Hay todavía algunas organizaciones chicanas que continúan con dicho boicot; tal el caso, por ejemplo, de MECHA. Hace poco renuncié a una beca de mil dólares por mes que se me había otorgado, porque después de obtenerla me enteré que los fondos provenían de *Coors*; por principios morales no tomé ese dinero, que es a costilla de la sangre de mis hermanos.

Tal como se dijo antes, estudiar en la USC representaba para Jesús un desafío: «Todos o casi todos los alumnos provienen especialmente de la clase alta y de la clase media alta. USC se caracteriza por su *networking*: apenas sales de aquí consigues trabajo. Hay mucha solidaridad de clase entre los egresados de la Universidad. Cuando saben que eres estudiante o egresado de la USC el trato ya es distinto».

i) *Pasado, presente y futuro en la visión de Jesús M. Plasencia*

Se ha nutrido del pasado, tornando las restricciones en recursos: «Tengo gusto de lo que he vivido, porque me ha dado una experiencia muy bonita. Haber vivido en la pobreza, saber realmente lo que es vivir pobre, conocer la preocupación porque no hay leche para tomar, y sentir vergüenza de traer a mis amigos a mi casa. El haber vivido un período en que me quise asimilar al anglosajón, de querer juntarme más con ellos, ser casi un 'vendido', que no luchaba ni peleaba por mi identidad».

Vive un presente positivo, pero cosechado de una siembra dolorosa: «Ahora estoy en el otro paso, en que sí me identifico con mi gente, y que estoy luchando por una posición mejor para todos nosotros, y para mí también. Ahora sé en qué posición están las otras personas con las que me enfrento en la discusión; tengo que comprender la experiencia que han tenido ellos dado que no han vivido la misma experiencia quizás que uno, que se criaron con muchos americanos. Porque

yo también lo he hecho. [Entonces] puedo identificarme con el estudiante muy pobre, dado que yo lo viví también. Y también puedo entender al que no vive en pobreza, porque yo ahora no vivo en pobreza tampoco, sino que pertenezco a la clase media; vivo mejor económicamente que los estudiantes latinos que están aquí, en la USC. Tengo ahora las posibilidades para comprarme las cosas materiales que deseo, de tener trajes, zapatos de calidad. Puedo comer afuera todos los días si así lo deseo, salir a bailar los fines de semana. Tengo la flexibilidad económica para hacer esto. Mis padres ahora viven en una casa de su propiedad, en un barrio de mayoría anglosajona, en Santa Ana. Ellos están bien económicamente, y yo también lo estoy porque todo el dinero que yo saco lo uso para mis propios gastos y necesidades». Por eso, y por mucho más, Jesús está contento de haber vivido todo lo que ha vivido.

Presente que se nutre de su pasado, pero también de un futuro con ideales y concreciones: «Voy a seguir luchando como ahora. Quiero seguir estudiando para [terminar] una carrera, pero no por el hecho de tener un título o profesión sino por tener la educación máxima posible, que me dé la flexibilidad para poder continuar mi lucha por los derechos de los chicanos-mexicanos. No me interesa una carrera o profesión por sus aspectos materiales o económicos. Claro que todos queremos comodidad económica y material; no puedo decir que no me gustaría eso. Pero lo que yo les digo a mis amigos es que yo no voy a tener las condiciones económicas y materiales a costilla de mi familia».

Jesús vive actualmente en Los Ángeles, mientras estudia Sociología en la USC, en la casa de su hermana, quien está casada con un mexicano y tiene dos niños. Se sigue comunicando con sus familiares en México a través de cartas, ayudándolos económicamente en forma periódica. Volvería a emigrar a los Estados Unidos si tuviera que decidirlo ahora, tal como lo hizo la primera vez, y es su deseo radicarse definitivamente en los EE.UU. Si bien ha mejorado mucho su situación desde que inmigró al país del Norte, no se considera más feliz que antes, fundamentalmente por el racismo imperante, no obstante lo cual reconoce que se siente más cómodo en los EE.UU. por el hecho de conocer mejor cómo funciona el sistema. Sin embargo, no recomendaría a un familiar suyo radicado en México que se traslade a EE.UU. como él lo hizo, al mismo tiempo que reconoce que él no ha pensado en regresar a México definitivamente, dado que «estoy acostumbrado a vivir aquí». Jesús se nutre del estudio, se mantiene muy informado (ve televisión frecuentemente) y se da tiempo para ir a veces al cine o al teatro. Pero mucho de su tiempo real y existencial lo insume en su desempeño como dirigente estudiantil. El tiempo le alcanza, a pesar de todo, fruto del profundo orgullo por ser mexicano.

Es cierto que su vida transcurre más sólidamente en los EE.UU., pero los ideales de Jesús no le hacen dudar a la hora de jugar al todo o nada su consolidada situación en Los Ángeles: un año antes del desarrollo de estas entrevistas, y ante

la negativa de las autoridades migratorias de los Estados Unidos, Jesús decidió cruzar a su abuela y tía indocumentadamente a través de la frontera, desde Tijuana, con la ayuda de un *coyote* o guía, dado que deseaban visitar a sus nietos y sobrinos radicados en California. A pesar de saber que si lo capturaban las autoridades hubiera perdido su condición legal en los EE.UU. y, consecuentemente, deportado a México, perdiendo todo lo sacrificadamente ganado hasta ese momento, Jesús cruzó con ellas la frontera durante dos días y una noche. Pero esa ya es otra historia².

BIBLIOGRAFÍA

- ACEBO IBÁÑEZ, Enrique del (1996): *Sociología del arraigo. Una lectura crítica de la Teoría de la Ciudad*, Claridad, Buenos Aires.
- AUGÉ, Marc (1998): *Los «no lugares». Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, Gedisa, Barcelona.
- ESPERSHADE, y BELANGER, (1998)
- SUÁREZ OROZCO, Carola y SUÁREZ OROZCO, Marcelo. *La infancia de la inmigración*. Morata, Madrid, 2003.
- SIMMEL, Georg (1977): *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*, 2 tomos, Revista de Occidente, Madrid.

Notas

* La recolección de datos se llevó a cabo en el marco de una investigación realizada con financiación de la Organización de Estados Americanos (OEA), y como consecuencia de la invitación que nos cursó Kingsley Davis y el Population Research Laboratory de la University of Southern California.

¹ Guía que ayuda a cruzar la frontera a los inmigrantes indocumentados mediante el pago de una cifra que ronda los trescientos dólares por persona.

² Véase E. del Acebo Ibáñez: *Sobre la insopportable levedad de la dialéctica local-global: la inmigración indocumentada como fenómeno 'glo[ci]al' (El caso de los mexicanos en California)*, «Realidad», revista del Cono Sur de Psicología social y Política, 2, Leuka, Buenos Aires, 2002.